

La afrodescendencia cubana: pobreza por mandato

Manuel Cuesta Morúa
Historiador y politólogo
La Habana, Cuba

La pauperización de la afrodescendencia es una historia cubana de *contra* emancipación, que a excepción de algunos textos no ha sido autónoma. Hay una intrahistoria de la hispanodiscendencia, que coincide con la historia de la colonización y luego con la historia inventada de la isla, pero no hay modo de hacer coincidir el mundo negro con la historia escrita en mayúsculas, si no es para explicar la formación y los desarrollos de la cultura blanca hegemónica. A la afrodescendencia le ha faltado una historiografía que se mida con los estudios más etnográficos que antropológicos en nuestra memoria académica.

El estudio de la afrodescendencia solo comienza a independizarse por lo que hoy conocemos como estudios socioculturales. Primero la sociología criminal y más tarde la etnografía abrieron el camino para tratar de entender la diferencia de comportamientos y las diversas pautas culturales, pero sin introducirse en otras dinámicas sociales que representaran procesos políticos, sociales o económicos de una historia social de la afrodescendencia, que se iba haciendo a sí misma en interacción dinámica con la cultura hispanodiscendiente y dentro del mismo proceso histórico.

La mirada sobre el mundo negro se estructura solo desde su posición subordinada y de sujeción —como objeto— que nunca permite ver una interacción desde sí mismo, premisa de toda dinámica social, sino solo la mera reacción a las situaciones ambientales. Ese ángulo estrecho y aéreo no deja distinguir las opciones creativas y la mimesis social que dinamizan a los afrodescendientes y les convierten en sujetos propios de una historia posible. Solo se les entiende y explica como objetos de otra historia, donde o bien aceptan su nuevo papel, o bien reaccionan a una situación insoportable como la esclavitud, o bien se enajenan dentro de la reproducción ritual y la criminalidad sociológica.

De ahí que la subalternidad no sea solo un dato real, sino también un enfoque y una posición construidos como imaginarios. Un enfoque que esconde esa otra historia real que se va cimentando desde los intersticios de la subalternidad para demostrar que la afrodescendencia levanta, además de su rebelión social, las opciones de una historia alternativa de Cuba que no necesita de una demostración contrafáctica para evidenciar sus posibilidades. La historia cubana de *contra* emancipación no comienza por la acción social y polí-

tica de la hegemonía criolla, sino por el relato que esta hace de la realidad social de los otros, de los afrodescendientes, que se va gestando bajo sus narices. Podría decirse que en el principio fue el relato.

La primera oportunidad para empezar a narrar una historia social y económica en Cuba de la afrodescendencia la da José Antonio Saco en su magnífico vademécum sobre la vagancia. Los vagos de La Habana no son los negros y mulatos, sino los blancos que detestan cualquier oficio y cualquier empresa que supongan tanto el esfuerzo propio como el tener que lavarse las manos después de la faena. Saco describe bien cómo la mayor parte del espacio de lo que llamaríamos la clase media baja era ocupado por negros y mulatos libres, alejados de aquellos escrúpulos de linaje que les impedían a los blancos criollos colocarse un delantal o cortar un traje a la medida. Y estamos hablando del siglo XVIII.

Saquete mío, como a él se refería un ilustre profesor de historia en mis tiempos universitarios, se espantaba frente a esta realidad, que venía conformando la estructura social de Cuba de modo diferente a lo que se supone y se suponía desde la esclavitud de plantación. En este punto me pregunto entonces si una historia económica de la afrodescendencia no era posible mucho antes que una etnografía u antropología culturales, atravesadas por esa visión hegeliana de acercarse a los pueblos “sin historia”.

Esta vía para ir conformando una historia económica de la afrodescendencia en Cuba se cierra para concentrar todos los esfuerzos historiográficos en narrar y analizar la historia de la afrodescendencia en la economía cubana. Lo que lleva necesariamente a una historia de la esclavitud como fundamento estructural de la economía y como suelo social de la riqueza de los criollos blancos. En tal

sentido la narrativa histórica se subordina al diseño de los sectores hegemónicos e invisibiliza esa parte de la realidad social que no encaja en los esquemas de dominación.

Inevitable. La base de la economía y la sacrocracia cubanas era la explotación del trabajo esclavo. La trata negrera se desarrolló a partir de las necesidades de esa industria azucarera que, luego de la revolución haitiana, se convirtió en el pilar exclusivo de la viabilidad de Cuba como país dentro de la economía mundial. Es natural que la narrativa siguiera los pasos de la historia principal y se enfocara en las relaciones fundamentales que se producen entre los diferentes sectores sociales que giraban en torno del par esclavitud/industria azucarera.

Otra cosa es que el relato fundamental se convierta en el relato único de la historia. Si nadie puede sostener seriamente que la estructura social básica de una nación condicione la historia de sus conflictos fundamentales, tampoco se podría fundamentar que la situación sociológica original de un sector condicione sus desarrollos sociales futuros. Ni los conflictos políticos más agudos se dieron entre esclavos y esclavistas ni la condición de partida de los sectores sociales dentro de Cuba fatalizaron sus opciones ulteriores. Ni para las personas negras ni para las personas blancas.

Cuba estaba tan bien posicionada en el torbellino de la modernidad, ya sea en su etapa colonial o en su etapa republicana, que la constante movilidad fue siempre una realidad dentro de la Isla, condicionando, eso sí, un reordenamiento natural y una ligazón social al interior de una sociedad fluida.

Sin embargo, para las narrativas conservadora y progresista tradicionales, las opciones posibles de la afrodescendencia cubana giran, exclusivamente, en torno a esa condición originaria que parte de la esclavitud. De ahí

esta fatalidad binaria: o la reedición haitiana de la revolución social o la emancipación social de la revolución anticapitalista. El negro burgués o de clase media no es solo una rareza social, lo que podría ser cierto en dependencia de la etapa histórica bajo estudio, sino también una premisa inconcebible y por tanto antinatural para el relato criollo de la historia de Cuba. Un relato que comprende la narrativa sobre el pasado y la narrativa por construir, a ambos lados del mapa ideológico.

En términos históricos y culturales, el mito exagerado del miedo al negro, nacido del ejemplo de la revolución haitiana, enmascara bien el miedo oculto a la competencia, diríamos hoy que empresarial, del negro como sujeto económico. A finales del siglo XVIII y en los primeros 40 años del siglo XIX es tan o más demostrable la tendencia de los afrodescendientes a la actividad económica independiente que a la rebelión contra la ominosa esclavitud.

El desarrollo de la etnografía escamoteó una parte importante de la historia social de la afrodescendencia y permitió establecer, en el imaginario de la nación, el mito del negro como sujeto incivilizado, capaz únicamente del ritual pagano, de la criminalidad desclasada, de la violencia sin propósito ni carácter y del folclor ocioso centrado en la plasticidad del cuerpo. Y, para lo que nos interesa aquí, el mito de los negros ontológicamente pobres. De modo que Fernando Ortiz hizo una buena labor para adelantar la comprensión de la diferencia racial, fijando para la literatura unas innegables raíces, pero José Antonio Saco brindó las pistas necesarias para situar a la afrodescendencia en un contexto moderno y escrutar las respuestas y la capacidad para desafiar los retos de una modernización involuntaria. Distraídamente, Saco ofrece hasta ahora la mejor argumentación, como fuente

histórica, para estudiar la afrodescendencia como sujeto económico plenamente moderno.

¿Por qué el relato nacional potenció entonces la narrativa etnográfica y desdibujó la narrativa social que le precedió en el tiempo por más de un siglo? Respuesta: al relato criollo le convenía anclar al negro a un imaginario pre moderno como premisa ideológica de su hegemonía social. El criollo marcha sobre la historia no porque tiene solidificada la hegemonía social, sino porque construye un hegemismo forzado, que ancla en la diferencia cultural.

De ahí estas dos hipótesis. La primera de ellas tiene dos partes. Una: la clase media cubana tendría que ser hoy una clase media fundamentalmente negra y mulata; la otra: por razones socio-históricas, esta clase media sería el resultado de una necesidad de supervivencia en lo que entonces habría sido una economía de servicios, pero marginal, que se habría convertido en lo que en el Medioevo eran los gremios de tradición familiar. La segunda hipótesis es que la pobreza estructural de la afrodescendencia resulta de un diseño racista que se negó siempre a permitir la formación posible, dentro de la economía media y urbana, de las bases económicas de la emancipación afrodescendiente. La afrodescendencia cubana es, en consecuencia, pobre por mandato.

El mandato inicial y el molde criollo para la construcción política de la pobreza afrodescendiente datan de julio de 1513. Los reyes católicos expidieron una real cédula: “para que sus vasallos se alentarán al descubrimiento y población de las Indias y pudieran vivir con la comodidad que ellos deseaban, era su voluntad que se repartieran casas, solares, caballerías y peonías a todos los que fueran a poblar tierras nuevas en esos pueblos y lugares, y que una vez hubiesen residido en aquellos pueblos cuatro años, le concedía a sus mora-

dores la facultad para que de allí en lo adelante, la pudieran vender como cosa propia”¹

Según la carta de Fray Nicolás de Ovando al monarca español, habían ya para 1513 personas negras en Cuba que, por supuesto, no fueron beneficiadas por esta real cédula. La cita aquí no viene a satisfacer esa ingenuidad historiográfica que pretende instituir, y juzgar, cierta justicia retrospectiva. La cita es fundamental por otra razón: el origen estatal de la estructura económica en Cuba, y del consiguiente posicionamiento social de los diversos sectores. Hasta hoy.

Independientemente de modelos de sociedad —dígase capitalismo o socialismo—, la participación económica en nuestro país nace por designación del Estado. No es solo ni siquiera un asunto de estricto poder político, sino de acceso racial al Estado el que ha definido la estructura socio-económica del país. Un tipo arcaico de asignación de recursos propio de sociedades mercantilistas y de privilegios medievales, que se empobrecen y envilecen más, como en nuestro caso, por su tonalidad racista.

Este proceso de apropiación y distribución de la tierra culminó oficialmente en 1729. Luego, y a lo largo de los dos siglos sucesivos, continuó en una fase de reordenamiento y redistribución entre propietarios políticamente designados dentro de la hispanodescendencia, asentándose así una estructura económica de base racial. Esta generó, a su vez, un ciclo cultural reproductivo de un tipo de economía política para la cual la situación social no dependía necesariamente del desenvolvimiento de los actores económicos sino, en lo esencial, de la pertenencia racial.

Esa economía política, nacida de la previa definición monárquica de la estructura social, preparó el terreno para la mayor limpieza étnica del escenario económico, que

sobrevino con la Represión de la Escalera en 1844. La clase media compuesta de negros y mulatos libres, formada entre finales del siglo XVIII y el primer tercio del XIX, fue pulverizada con el claro propósito de destruir las bases económicas de la autoemancipación racial. Hubo ya un antecedente de una carga simbólica doblemente demostrativa y doblemente peligrosa para el modelo hispánico de partida: José Antonio Aponte, cuya cabeza fue colgada en plena villa-ciudad con fines de escarmiento en 1812, era mulato y artesano. De modo que racialidad y economía se unían en un delicado tándem para retar desde abajo, desde la modernidad y desde la diferencia, la hegemonía originaria de dominación criolla.

Siguiendo al historiador Alberto Arredondo, en 1899 solo existían en el país tres abogados, diez médicos y veinte nueve dentistas negros. Ello no es resultado del modelo económico, sino de la base cultural del modelo político. Nada impedía, en una realidad económica abierta, flexible y fluida, a pesar del arcaísmo de su elite política, que negros y mestizos, a excepción de los esclavos, se movieran ascendentemente dentro de una sociedad que se abría de forma permanente al modelo de lo que hoy llamamos economía de servicios. Nada, excepto el racismo.

El racismo tiene en este sentido una connotación fundamental para todo el proyecto de nación cubano, que va más allá de su impacto étnico: el desajuste estructural entre una economía de modernidad ascendente y una elite política culturalmente regresiva. Tal desajuste es extraño en el hemisferio occidental, porque Cuba fue el único país donde se verificó el divorcio suicida de la elite con sus propias conquistas económicas. Y esto por razones que no tienen que ver con las fracturas sociales de un crecimiento económico acelerado pero desigual, sino con la endogamia

cultural del ámbito político de ascendencia hispana. Esa endogamia conducía, como en cualquier país, a un solo lugar: a la oligarquía y al autoritarismo concomitante. ¿Por qué una nación formalmente liberal anidaba una poderosa vena autoritaria? Por esa endogamia que se cerraba a la circulación social de la diferencia en el ámbito económico.

Resultará raro, pero es un resultado lógico: el partido liberal de la primera república comenzó con una fuerte base social afrodescendiente —un fenómeno político-cultural muy interesante— y la perdió, perdiéndose en su camino político. Cuando el partido socialista popular (comunista) hereda esta base social, recoge el producto de una pauperización étnica políticamente provocada en un ámbito extraeconómico: las pautas culturales de una sociedad.

El ejemplo más ilustrativo del mandato de la pobreza es la prohibición que recae sobre negros y mestizos para poder trabajar en el comercio. Si todavía en 1919, cuando la crisis económica afectó esencialmente a los hispanodescendientes, el número de albañiles negros supera al de los blancos cubanos y españoles juntos, y el de los carpinteros negros cubanos es muy superior al de los blancos de igual nacionalidad, ya en 1920 comienza a revertirse esta tendencia, a partir de la inmigración programada de inmigrantes españoles de tercera generación, que comienzan a copar los comercios y otras actividades económicas y empiezan a desplazar y a vetar la entrada de afrodescendientes.

En *El pensamiento filosófico de José Martí* (1946), Ángel César Pinto Albiol, un comentarista de la época cercano al marxismo, reconoce que en la etapa republicana había negros y mulatos ricos en Cuba, tal y como en la etapa colonial hubo mulatos que poseyeron esclavos. Pinto Albiol quedó debiendo un trabajo más

documentado con relación al número, la composición, las actividades económicas y la identidad de esas familias —a fin de cuentas no eran demasiadas— pero prefirió el trabajo de propaganda en detrimento de uno más riguroso, teniendo en cuenta la importancia política del tema. Con Pedro Deschamps Chapeaux y su *El negro en la economía cubana* (1970) no estamos mejor informados, a pesar de que se toma un interés historiográfico mayor y más creativo. Solo recientemente vemos un trabajo en profundidad, documentado y convincente desde el punto de vista sociológico, con el análisis sobre las clases medias negras en Cuba que viene haciendo Iván César Martínez, ex diplomático cubano negro radicado en Jamaica.

Desde José Antonio Saco a Iván César Martínez hay un material muy rico, que se puede rastrear para llegar a conclusiones importantes en cuanto a la economía de la afrodescendencia en Cuba; la más fundamental nos muestra que la desigualdad etnoracial tiene su origen en el modelo cultural de encuadre a la distribución de los recursos económicos a través del ordenamiento político. No fue la esclavitud la que predeterminó las opciones económicas futuras de la afrodescendencia, ni el capitalismo el que anticipó su proletarianización. La suerte —en el sentido de destino— de los afrodescendientes como esclavos terminó con el fin de la esclavitud. Que esta última haya pervivido como fenómeno socio-cultural en las mentalidades nada tenía que ver con la realidad económica. Entrado el siglo XX los criollos más ricos no eran los antiguos propietarios de esclavos, del mismo modo que los emancipados no estaban imposibilitados de entrar desde la extrema pobreza al nuevo mercado laboral por las rémoras que les acompañaban dada su condición de esclavos apenas una década anterior. No pueden hacerlo porque son personas de otro color.

En la economía moderna, que Cuba tenía desde la segunda mitad del siglo XIX, la riqueza de la sociedad no está necesariamente ligada a las fortunas económicas de una clase o sector. Un imperio no funda la prosperidad de una nación; de lo contrario, España debió ser la metrópoli más rica de todos los tiempos. Una nación prospera independientemente de su pasado si logra insertarse en los cambios estructurales que se producen en la economía, apropiándose de su lógica. Ello hace suponer que la economía no es un dato fijo, algo así como un título aristocrático otorgado o ganado de por vida. Y esta movilidad afecta a las clases y sectores sociales definitivamente.

Cuando se trata de economía moderna, se sabe que no hay nada garantizado en términos de situación y lugar sociales. Ni para bien ni para mal. A menos que razones extraeconómicas fuercen la realidad tratando de precisar la pertenencia social como dato económico. Y eso fue lo que pasó con la afrodescendencia: su pauperización estuvo y sigue atada a algo peor que el desequilibrio de un tipo de modelo político: está atrapada dentro de un basamento cultural.

Muchos esclavos y ex esclavos demostraron en el ámbito económico lo que Quintín Banderas demostró en el plano militar: capacidad para destacarse. Pero lo que sucedió con este último es un fuerte símbolo histórico de un modelo sociológico que se remonta a 1844. Quintín Banderas termina como general y se le ofrece, sin embargo, un puesto de portero al iniciarse la república. Su destino es una perfecta metáfora de un pacto criollo, que a esas alturas no podía ser escrito a través de una real cédula como en 1513, pero que prolongaba su espíritu en el comienzo mismo de la república, a pesar del texto que la inauguraba. En cualquier caso, y a efectos públicos, la real cédula

por la que se distribuía la tierra a los criollos en el siglo XVI no excluía explícitamente a los afrodescendientes. Con estos sucede, hacia la primera mitad del siglo XX, lo que ya había sucedido en la primera mitad del XIX, pero por la vía de la violencia: un reajuste social que no guardaba relación con sus potencialidades en la economía. A ellos se les asigna un lugar sea por interdicción, como sucedió en muchas actividades comerciales, por marginación en el servicio público, o de nuevo por la violencia, como en 1912.

Todo el resto del siglo XX se encargó de refinar social e intelectualmente la pauta cultural de una pauperización, que no debe ser confundida con la pobreza, que es además un estado mental, proveniente de un mandato cultural y político, al punto de que no hay en la actualidad, en un momento de fuerte reescritura de nuestra historia, una crónica, una historia, una viñeta o un reportaje que nos hable de la familia de los Piedrahita en La Habana, una de las familias más ricas de la ciudad, o de las innumerables familias negras prósperas de Guantánamo, que llegaron así al mismo año 1959.

Y detengo mi análisis en este punto. Después de 1959 no es serio hablar de economía cubana. Cuba fue y sigue siendo una economía de enclave exteriormente asistida, en un tablero geopolítico especial y sin desarrollos endógenos que puedan ser analizados exactamente desde la dimensión económica. De hecho, si es necesario apropiarse de un fuerte impulso revisionista, este se justificaría con la necesidad de reevaluar a fondo toda la historia económica de la Cuba de la segunda mitad de nuestro siglo XX tanto en términos de satisfacción de las demandas como en términos de lo que constituye, conceptualmente y en sí misma, una demanda económica: ese eje sobre el que gira la economía moderna y que le da

sentido a sus categorías esenciales: productividad, inversión e innovación tecnológica.

A los efectos de este trabajo solo debería agregar que el mandato de la pobreza afrodescendiente se refuerza por un proceso regresivo en cuanto a modelos de sociedad y de movilidad. A partir de 1959 la sociedad cubana no se distingue a partir de diferencias creadas en el juego social, sino por los privilegios de acceso otorgados en y desde el sector político. Un caso moderno de sociedad medieval que trae como consecuencia, una vez que este tipo de sociedad se desmorona, la marginación y marginalidad de una afrodescendencia descapitalizada y con mentalidad de pobreza —como intocables modernos—, que viene como que sobrando dentro de las actuales redefiniciones económicas.

Lo peor ya no es la pauperización, sino que la afrodescendencia no tiene un lugar en Cuba como sujeto económico, a menos que se produzca una reforma de profundo calado estructural. ¿Cómo acceder al poder económico sin un previo acceso, forjado por la tradición y los lazos familiares, a la burocracia política y administrativa que redistribuye las nuevas parcelas dentro de la vieja economía, y se nie-

ga a la nueva economía para evitar la autogestión democrática del bienestar? ¿Cómo crear empresas pequeñas sin el capital físico y financiero iniciales que, en el esquema económico actual, solo provienen de finanzas familiares y de espacios capitalizables heredados o adquiridos en el mercado? Y, finalmente, ¿cómo insertarse sin el reconocimiento legal de la vigorosa industria informal, tradicionalmente establecida y que malvive en los suburbios marginales, donde se aglomera la mayor parte de la comunidad afrodescendiente?

El mercantilismo económico ha sido en Cuba el eje del bienestar del rancio racismo blanco. Paradójicamente, la economía de mercado es la mejor aliada de la comunidad afrodescendiente. La Vía Apia para deslegitimar el mandato racista de la pobreza de los otros, de esos diferentes traídos de África.

Notas:

1-Pinto Albiol, Ángel César. *El pensamiento filosófico de José Martí*. La Habana, 1946, pp. 118.